

DE LA MODERNIDAD A LA POSTMODERNIDAD: EL TRÁNSITO NECESARIO

RESUMEN

La Postmodernidad como etapa histórica y como concepción de la realidad, ha generado una amplia polémica en torno a su conformación y, sobre todo, en cuanto a su posible definición. Asumida desde diversas perspectivas, ha incorporado a su descripción lógica e inicial –posterior a la Modernidad– una vasta gama de rasgos, ideas y formas de pensamiento, que han complejizado enormemente, el hecho de determinarla y, por ende, su concreta conceptualización. En virtud de ello, el presente ensayo pretende sustentar una concepción de la Postmodernidad como hecho histórico-cultural y como proyección del conocimiento generado en la Modernidad; en la cual, ambas etapas y concepciones se reconocen y reconcilian como elementos inseparables de un mismo devenir humano. Con base en ello, se niega la posibilidad de una ruptura violenta entre uno y otro período y, bajo el enfoque propuesto, se evidencia fundamentalmente el tránsito paulatino de una visión de la realidad a otra, no distinta sino distanciada, en la percepción de los rasgos esenciales que las definen. En el enfoque se

ENSAYO

Prof. Rocío Jiménez Ortiz*
<http://correo.uc.edu.ve-rjimenez1>

FACULTAD DE CIENCIAS
DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE
CARABOBO
VALENCIA, EDO.
CARABOBO, VENEZUELA

*Licenciada en Educación.
Profesora Agregado de la
Universidad de Carabobo.
Adscrita al Departamento de
Lengua y Literatura de la
FACE-UC.

consideran tres miradas vertidas sobre la Postmodernidad y su predecesora: la de Mires, la de Hurtado y Toro, y la de Steiner. Cada una concibe desde la perspectiva que le es propia –filosófica, científica o literaria–, el fenómeno postmoderno. Tales miradas se asumen con el propósito de dar solidez teórica a la reflexión, porque en la óptica de cada uno de los intelectuales señalados, se manifiesta certeramente el cambio o alejamiento propuestos.

Palabras clave: *Modernidad. Postmodernidad. Tránsito. Paradigma.*

FROM MODERNITY TO POSTMODERNISM: THE NECESSARY TRANSIT

ABSTRACT

Postmodernism as a historical period and as a conception of reality, has generated a wide controversy toward its conformation and, specially with regard to its possible definition. Assumed from different perspectives, it has incorporated to its logical and initial description -subsequent to Modernity- a huge range of characteristics, ideas and thought forms, which have made more complex the fact of determining it and as a consequence, its concrete concept. In virtue of this, the present essay intends to sustain a notion of Postmodernism as a historic and cultural fact and as a projection of the knowledge generated during Modernity, and within which both periods and conceptions can be recognized and reconciled as inseparable elements of the same process of human development. On these basis, the possibility of a violent rupture between the two stages is denied, and the gradual transit from one reality to the other (not different but distant in the perception of the essential features which define them) is made evident. Within this approach three views with regard to Postmodernism and its predecessor are considered: Mires', Hurtado and Toro's, and Steiner's. Each one perceives the postmodern phenomenon from its own position: philosophic, scientific or literary. Such outlooks are adopted with the purpose of giving theoretical support to the reflection, because through the viewpoints of each of these intellectuals, the change or the distance proposed become apparent.

Key words: *Modernity, Postmodernism, Transit, Paradigm*

La línea que traza el trayecto de la vida humana, no es la recta ni el círculo sino la espiral, que vuelve sin cesar y sin cesar se aleja del punto de partida. Extraña lección: no hay regreso pero tampoco hay punto de llegada.

O. Paz

I

La Posmodernidad, vista como un fenómeno histórico-social necesario y como devenir lógico de la Edad Moderna, define sus parámetros esenciales de existencia, a partir del estrecho vínculo generado entre el hombre y su entorno real. Tal vínculo ha existido desde siempre -es lógico pensarlo-, pero sólo a partir de cierto momento y condiciones concretas, el sujeto dióse cuenta de aquello otro que se encontraba a su alrededor y de la capacidad que poseía para relacionarse con él y modificarlo.

A partir del Renacimiento, la concepción del universo desde una perspectiva antropocéntrica, inició un largo y certero desarrollo el cual pareció encontrar su razón de ser, su ámbito ideal, en la base científica del pensamiento decimonónico. La develación de los grandes misterios naturales -develación sustentada en el desenmascaramiento del rostro mítico atribuido a cada uno- despejó la aureola sobrenatural (terrible circunstancia para muchos poetas), de una realidad desconocida, y sentó las bases para el conocimiento certero, profundo y organizado de un entorno perfectamente “controlable” por el hombre.

Bajo tales circunstancias, la Modernidad determina sus premisas fundamentales: como principio didáctico, la Ilustración Europea -Iluminismo Francés- hace su aparición para educar, esto es, cohibir de la mejor manera posible los instintos y exaltar, hasta la sublimación, la ejecución de conductas y convenciones sociales previamente establecidas. La forma de pensamiento -segundo principio- estará sustentada en el Positivismo, corriente ideológica cuyo cauce esencial sigue el curso de una filosofía progresista, civilizatoria, dentro de la cual el ser humano es valorado en razón de su inserción al proceso de producción industrial y al esquema de organización social por él y para él previsto. El coherente triángulo decimonónico se completa con el principio racional del conocimiento científico -cúspide esencial de la pirámide construida- a través del cual se

encierra a la realidad dentro de los límites, concretos o ideales, de un laboratorio perfectamente concebido para conocer y controlar el entorno.

Desde esta perspectiva, la Modernidad sentó las bases para una existencia estabilizada, plena de confort y ausente de cambios bruscos o repentinos. Pero, aún el muro más fuerte, más sólido, presenta, tarde o temprano, una grieta. En el caso de la Edad Moderna, sus arquitectos más relevantes olvidaron que lo permanente nuevo -definición básica de “Moderno”- es también, consecutivamente, producto de la afectividad humana; y por el ámbito de los sentimientos y las emociones del hombre se cavó la primera hendidura de entrada para la destrucción del rígido pensamiento racional.

La Alemania dieciochesca, conmovió a sus lectores con la historia de un joven intelectual enfrascado en lucha permanente con el medio que le rodeaba. Para cada una de las cosas deseadas: amor, posición, mejor trato grupal; aparecía un límite que las restringía mediante el ardid de la clase social. Werther -este es el nombre del personaje- veíase constreñido de esa manera a un estrato determinado dentro de la sociedad, y anuladas gradualmente las ambiciones propias de un espíritu elevado y de una inteligencia considerable (difícilmente igualadas en el estrato superior), el joven concibió una visión desencantada de su entorno. Ante la ausencia de soluciones efectivas para integrar armónicamente sus deseos con aquello que le rodea, Werther se desprende violentamente de la realidad a través del suicidio. Su muerte es la respuesta al desencanto que le proporciona la sociedad en la cual vive. Sociedad que, a semejanza de la maquinaria de un reloj, tiene un lugar y una función dispuesta para cada miembro (pieza) y puede concebir, perfectamente, la hora posterior a aquella que señala en un determinado momento. Error de ingenuidad científica, no por ello menos terrible.

La historia de Werther causó fuerte impresión en sus lectores quienes veíanse reflejados en el personaje y detectaban, a través de él, las mismas condiciones sociales que les rodeaban. A poco tiempo de publicada la novela, fue prohibida su divulgación escrita ya que la misma originó una ola de suicidios entre jóvenes, quienes constataban la vigencia de las circunstancias relatadas dentro de su propio entorno. El Racionalismo Científico se enfrentaba, con muy pocas ventajas, al despertar romántico de la afectividad humana.

La novela de J.W. Goethe tanto como la reacción por ella ocasionada, es sólo un ejemplo, débil o fuerte según se mire, de la fragilidad inherente al constructo paradigmático de la Modernidad. Por ello, se hace necesario detenerse un momento en la proyección de la reacción mencionada: asumir lo real subjetiva y no objetivamente.

El Romanticismo es, quizás, el momento más prolongado del acaecer literario moderno. Su curva de existencia -origen, elevación de vigencia, descenso- no siguió el ritmo lógico de desaparición, sino que fusionándose con el Realismo, generó una extraña y valiosa amalgama de propuestas intelectuales: desde la corriente esteticista más pura, de la cual Oscar Wilde es uno de sus más notorios representantes en Inglaterra; pasando por el profundo simbolismo francés de Rimbaud, para desembocar en el melodioso y patéticamente evasivo discurso del Modernismo hispanoamericano con Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez. El movimiento romántico dio origen y cabida a las tendencias contemporáneas más relevantes, desde la oscura negación de los poetas malditos hasta la ilogicidad del Surrealismo o la experiencia galimática del drama del absurdo -Bretón, Kafka, Ionesco-; cada uno reconoce en el Romanticismo, de manera evidente o latente, el punto de partida para su propio existir. La concepción romántica, desde esta perspectiva, genera uno de los criterios posmodernistas más relevante: la continuidad, tal como la señala Mires (1996); ni desaparición absoluta ni ruptura violenta, sólo continuidad, esto es generar nuevas, o más bien, distintas formas de pensamiento.

De todo lo anteriormente propuesto se puede deducir, que la realidad literaria trasbasó los límites cronológicos y conceptuales de la Modernidad, insertando la noción de lo contemporáneo. Fue más allá de representar lo existente y concibió la realidad posible. Pero no sólo en la literatura se produjeron y asimilaron nuevas experiencias. Ella es sólo uno de los ámbitos en donde la ciencia moderna comienza a deslastrarse de su propio rigor y determinismo.

Ante los dos conflictos bélicos que abren el siglo XX -la primera y la segunda guerra mundial- el individuo reaccionó de diversas maneras. Todas muy suyas, todas indeterminables. Y el estable sistema decimonónico aprendió que la naturaleza no era domable sino voluntariosa e inesperadamente desata su ímpetu contra el hombre, aprendió que la realidad no era reducible al espacio ínfimo y a las condiciones controladas de un laboratorio; comprendió, en definitiva, que la razón humana se veía

continuamente socavada en sus propuestas y creencias esenciales, por el poder de las emociones más primitivas: la muerte; la sensación terrible pero placentera de destruir al otro en aras de la supervivencia física, psíquica, cultural o económica.

La reinserción del hombre en el ámbito de lo contemporáneo ha sido violenta y dolorosa. La evasión reiterada o la comprensión exacta y crítica, no cubren ya las expectativas y necesidades de respuesta de los seres que obtuvieron como experiencia de vida -directa o indirectamente- las dos guerras mundiales y sus múltiples consecuencias. El imaginario de la muerte desarrolló un espectro tan amplio, que entre las imágenes culturales ya conocidas y consolidadas, las imágenes de la experiencia viva y las imágenes individuales del inconsciente de cada sujeto; aún hoy día no se ha delimitado su corpus esencial. Es así como, la relación entre el hombre y su entorno se estrechará en razón al conocimiento de lo transitorio y relativo de su propia existencia.

II

La Posmodernidad surge como una concepción distinta del dúo hombre-realidad, en donde lo único cierto es el cambio constante. Más allá de los linderos de la Edad Moderna, el dinamismo indetenible de la cotidianidad mueve los hilos del comportamiento humano. El hombre cayó en cuenta que aquello considerado nuevo o moderno en un momento dado, volvía normal, anticuado e inclusive obsoleto, en cuestión de días. La realidad veíase, desde esta perspectiva, construida y reconstruida continuamente. De igual forma, las nomenclaturas usuales para denominar lo real lucían desgastadas en su poder significativo; por lo tanto, hubo la necesidad de re-engendrarlas, de atribuir nuevos nexos de significación. Todo un universo semántico parece, hoy en día, abrirse al signo capaz de nombrarlo. El lenguaje -y con él toda la saga de lenguas modernas- se erige como la vía indiscutible de la Posmodernidad.

Lenguaje y realidad. Realidad y lenguaje. Cualquiera sea el orden de colocación, en la actualidad se han distanciado imperceptible pero decididamente. Hubo un tiempo, si así puede decirse, en el cual la ejecución de uno era la realización del otro. Dios era verbo y la palabra, por sí sola, permitía la constitución del ser real. Esta grata y razonable experiencia, fundaba la esencia de lo existente en su nombre. Acomodado sobre una

interminable lista de nombres, de palabras; el hombre moderno encontró la razón de ser de todo lo existente. Pero el entorno real no se estatiza y las denominaciones utilizadas, ya manidas inclusive, se diluyen en los matices de su propia transformación. Comunismo, maquinización, conocimiento científico, objetividad, industrial; han sido paulatinamente sustituidos por poscomunismo, posmaquinización, subjetividad, posindustrial, etc.

De todo lo ya señalado, se deduce que la Posmodernidad no es una ruptura definitiva, ni siquiera una convulsión violenta, sino un devenir, muchas veces silencioso, no por ello menos palpable. Para Mires (1996), los signos que demuestran su existencia son múltiples, pero él escoge cinco, de los más relevantes, para sustentar ese devenir: la instauración de la microelectrónica, la reacción feminista, el auge de la conciencia ecológica, la crisis política y, lógicamente, a raíz de cada uno de ellos, la devaluación de los paradigmas canonizados y el surgimiento de nuevas formas de ver y concebir el entorno real.

Estos signos -podría aludirse mejor a “*síntomas*”-determinan cambios certeros y profundos, a los que Mires da el nombre de Revolución. La misma no se encuentra concebida como proceso violento de ruptura o desgarrar absoluto. No. Es más bien vista como una fisura o quiebre ineludible: “*Un quiebre histórico profundo*” (Mires, 1996; p. 10). Desde esta perspectiva cada una de las circunstancias señaladas es una revolución, sobre todo por las transformaciones que están ocasionando.

La tecnología microelectrónica se extiende por todo el planeta a ritmo acelerado, sustituyendo la maquinaria pesada y descartando la numerosa -aún- mano obrera dentro del ámbito de trabajo. La nueva organización industrial amerita menor cantidad de personas, quienes especializadas en un área laboral, ejecutan las funciones necesarias. En la medida que se imponga esta nueva concepción organizacional, el desorden y el caos harán acto de presencia (manifestaciones públicas, protestas, pobreza, etc.). En este sentido indica Mires “...*Cada innovación, también las tecnológicas, produce nuevos intereses y, por lo mismo, nuevos conflictos y desórdenes...*” (Mires, 1996; p. 24).

A pesar de ello, la sustitución de la maquinaria pesada, otro elemento básico de la Revolución Industrial, por sus descendientes microelectrónicos es un hecho innegable. En cuanto a la Revolución feminista la misma se muestra a la sociedad actual en toda su plenitud. Ahora, como nunca antes,

el rechazo sistemático a los dogmas, creencias y valores establecidos por el hombre para tratar a la mujer, ha evidenciado la escasa pertinencia del modelo patriarcal dentro del ámbito contemporáneo. Se hace notorio el conjunto de derechos que la figura femenina ha alcanzado en ese devenir desde la Edad Moderna; la participación -cada vez más relevante- de la mujer en espacios antes sólo ocupados, detentados o concebidos por hombres (y para los hombres por supuesto). Esta revolución se observa, igualmente, en el lenguaje, en el discurso de la posmodernidad, donde ha ganado, con amplia ventaja, la lucha sostenida. Se impone así: jueza, médica, ingeniera, bachillera, etc.

Las otras dos propuestas de quiebre: la Revolución ecológica y la Revolución política, son también, experiencias cercanas. La aparición de una conciencia ecológica en el hombre, a la presunción, infinitas veces invalidada, de ejercer control sobre el medio natural. El deterioro ambiental es una prueba clara del abuso, científico o no, del sujeto moderno, y, además, de la reacción del entorno en contra de los desmanes humanos.

Asumiendo otra perspectiva. Mires se detiene en la consideración de la crisis política que se vive. La fragilidad de los líderes actuales; el, patéticamente sostenido, sistema democrático; la desaparición reiterada de las excelsas utopías políticas y sociales, como en el caso de la Unión Soviética y su sistema de gobierno comunista, tienden a agrandar la fisura inicial entre Modernidad y Posmodernidad. La disolución del modelo más representativo del comunismo, dejó un vacío en el ideario socio-político, y sin adversario posible a la democracia y al capitalismo. El desmembramiento del socialismo alemán es otro "síntoma" de la crisis de la política moderna, cuyo más notable ascendiente fue la Revolución francesa. El pueblo, de acuerdo a lo señalado por Mires (1996), lucha por el reconocimiento en un contexto que le da sentido político, mas lo político nunca podrá delegarse eternamente» en unos pocos sujetos, ni puede cerrarse sobre sí. Ello negaría lo que, ahora, parece desprenderse de la defensa y reconocimiento de los derechos de las personas: la vía intransitada hacia la libertad. He allí la verdadera revolución política.

Cada una de las cuatro revoluciones ocupa y afecta un espacio propio. Cada una de ellas converge a crear una gran revolución: aquella que nadie soñó. Sin violencia, sin estridencias, sin tantos cadáveres como amerita una palabra tan temida como ésta» revolución; estas anteriores se fusionan y

proyectan en una última, la más profunda, la transformación de los paradigmas de la Modernidad.

III

Nuevamente, una serie de nombres, parece girar alrededor. Verdad, racional, esencia, objetividad, métodos, leyes. La ciencia conoce el pasado, ha desmenuzado sus objetivos de estudio, descomponiéndolos en sus mínimas partes y los ha integrado luego a un sólido sistema de teorías y concepciones. Dentro del mismo campo de actuación, controla el presente, lo somete a sus designios. En una línea sin interrupción, también visualiza el futuro, es capaz de preverlo y organizarlo a su antojo. Esta visualización, permite a la ciencia, determinar, a priori, lo que ha suceder. Pero ¿qué ocurre cuando lo previsto no es lo que sucede? ¿Qué se puede pensar cuando el sistema de definiciones y vaticinios no contempla algo: un evento, un acto, una cualquiera cosa que esté sucediendo? La ciencia señala haberlo supuesto, pero ¿realmente lo supuso?. La Modernidad, sus paradigmas sobre todo, se tambalea frente a esos pequeños eventos no previstos, los cuales, sumados, han socavado las bases del conocimiento real y exacto que sustenta lo científico. Tales eventos -hoy día conforman una creciente multitud- instauran una forma de ver, asimilar y pensar la realidad, completamente distinta a los patrones de pensamiento y aprehensión establecidos por la ciencia.

La imposibilidad de definir al Ser, esto es de conceptualizar al universo definiendo cada uno de sus componentes, fue la primera gran decepción de la cientificidad. La fatuidad de buscar y encontrar su esencia fue la segunda y la definitiva. La esencia del ser es vacío, y tal vacío es sólo eso, una “nada” que constituye. Terrible paradoja.

A partir de esta inquietante constatación, el reinado de la ciencia inició un declive, una pérdida de vigencia en sus concepciones y convicciones más profundas y arraigadas. Una nueva forma de ver y pensar la realidad se impone. Otras creaciones de la mente humana, parafraseando a Mires, se fortalecen y mediante convenciones, son adoptadas por un número creciente de individuos a fin de entender la realidad en la cual habitan y la cual comparten.

De todo ello se infiere, que los principios, formas de pensamiento, tesis o creencias de la Edad Moderna, se encuentran bajo un severo

cuestionamiento y tal situación ha originado una apertura hacia nuevas ideas y maneras de comprender e integrarse a la realidad.

Al respecto Hurtado y Toro (1999), describen y contrastan los paradigmas y métodos predominantemente utilizados en la Modernidad y, en la así llamada. Posmodernidad. Dentro del primer ámbito, el moderno, se establecen dos métodos esenciales: el Hipotético-deductivo y el Histórico-dialéctico. Para el segundo ámbito refieren los métodos: Hermenéutico, Fenomenológico, Etnográfico, de Historias de vida y el de Investigación-acción. Lo relevante de toda esta visión metodológica se encierra en los principios que parecen orientar su aplicación. En el caso de los métodos modernos, el criterio fundamental es cuantitativo, medible. Los resultados y, por lo tanto, la apreciación que debe hacerse de la realidad, no sólo debe ser verificada sino además demostrable. La rigidez de tales métodos se quiebra contra realidades imposibles de medir o demostrar, porque las mismas implican apreciaciones o interpretaciones singularizadas y subjetivas. ¿Cómo crear en otro, la sensación afectiva que ocasiona una determinada situación o experiencia de vida?. Pretender reducir a un sempiterno conjunto de frases o ideas, la apreciación y vivencia de lo real, es condenar esto último a la estatización y, por ende, a la muerte. Más, en una lógica reversión, no murió el objeto sometido a estudio, sino las bases del pensamiento, mismas que sustentan el método aplicado.

Las formas de captación que surgen como propuestas dentro de la Posmodernidad se orientan hacia un criterio cualitativo, donde toma cuerpo un espectro mayor de posibilidades para entrar en contacto y comprender lo real en su constante proceso de formación* Hombre y Realidad no son dos estructuras distintas, sino una sola. El individuo es realidad, existe en ella. La realidad es, a su vez, una concepción humana, surge del hombre, existe para él. La imposibilidad de la separación, evidencia la subjetividad implícita en el vínculo generado ¿Cómo pretender ser absolutamente objetivos?.

Ya se ha señalado que los paradigmas de lo posmoderno se nutren del dinamismo propio del entorno en el cual surgen, de allí que algunas de sus orientaciones más relevantes se encaucen hacia la interpretación como la vía adecuada para “desconstruir” y “reconstruir” la realidad en un intento por comprenderla y estrechar los vínculos necesarios. Este proceso de desconstrucción y reconstrucción, lo concibe Dilthey, citado en la obra de Martínez (1989), como propio de la Hermenéutica, e indica que la misma

tiene como finalidad inferir los significados de las cosas, interpretar lo mejor posible las palabras, los escritos, los textos y los gestos, así como cualquier acto u obra pero conservando su singularidad en el contexto del que forma parte (Hurtado y Toro, 1999).

IV

Los paradigmas de la Posmodernidad, así como sus métodos, se fundamentan en el estrecho vínculo entre el individuo y la realidad, y promueven la necesidad del contacto, en singular, para conocerla y comprenderla. Dentro del mundo actual, es, quizás, el hecho literario quien mayoritariamente, precisa de este acercamiento. Podría pensarse que la literatura como realidad siempre ha sido abordada bajo esta condición interpretativa, pero tal pensamiento no corresponde con la verdad. Lo literario se ha visto, una y otra vez, sometido a la interpretación obtenida a través de métodos cuya rigidez manifiesta no correspondía ni con las condiciones, ni con las necesidades de la propuesta formulada o de la simple creación estética. La resultante de una apreciación de esta naturaleza, era siempre limitada, forzada en la experiencia del contacto, o muda; ya que el discurso utilizado no correspondía con los signos vitales en ella vigentes.

A pesar de todo esto, por otras circunstancias no señalables en este momento, el receptor de la obra literaria, en forma por demás cómoda o ingenua, ha permitido la entronización de la palabra de los “críticos” de oficio; y se ha negado con el texto, se ha aislado de la recepción de una “*Presencia real*”, como la llama Steiner. Se hace necesario recordar que la literatura no surge para alimentar la crítica, son los críticos los que viven a expensas de ella, quiérase o no. He aquí lo peligroso de la Hermenéutica como método, al cual alude Steiner (1988). El lo niega y lo afirma continuamente, a lo largo de su propuesta. ¿Por qué?. Porque la crítica literaria ha logrado, semejante a la ciencia, sacralizar sus interpretaciones, desconociendo la válida apreciación que cada individuo puede efectuar al contactar con la obra.

La Presencia Real de Steiner, no es una noción que puede únicamente aplicarse al ámbito de la literatura. No. La presencia real es el entorno, es el hombre, son sus ideas, sus maneras de vincularse con la cotidianidad. Su forma singular y colectiva de seguirse asumiendo. La Hermenéutica es método

posmoderno, más no categoría exclusiva de la Posmodernidad, al igual que todos los otros métodos. Pensar lo contrario, sería caer en el mismísimo error que ocasionó el “quiebre” de la Edad Moderna. En el párrafo anterior utilicé una frase para la crítica literaria. Me referí a ella como “*semejante a la ciencia*”. Semejante sí, en su pretendida omnipotencia. La ciencia creyó encontrar la esencia de la realidad, del universo mismo, en su propia y objetiva interpretación. Para mal o para bien, la esencia encontrada, era fundamentalmente, ausencia. La visión científica es, hoy día, distinta y distanciada. No hay desprendimiento, sólo lejanía en la comprensión del error. Después de todo, tal como lo reitera Mires a lo largo de su propuesta “*Posmodernidad también es Modernidad*”. Es cierto.

BIBLIOGRAFÍA

- Hurtado, I. y Toro, J. (1999). **Paradigmas y métodos de investigación en tiempos de cambio**. 3ra Edición. Valencia, Venezuela. Editorial Episteme.
- Mires, F. (1996). **La revolución que nadie soñó o la otra Posmodernidad**. Caracas, Venezuela. Editorial Nueva sociedad.
- Paz, O. (1981). **El Arco y la Lira**. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1993). **Itinerario**. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Steiner, G. (1988). **Presencias Reales**. Caracas, Venezuela. Editorial Dimensiones C.A.